

## UNA NOTA MISTERIOSA

Don Federico se hallaba inclinado sobre el microscopio, acercando y retirando los objetivos a la pletina una y otra vez. Hacía breves pausas en las que parecía reflexionar sobre el objeto de su observación mientras, con aire pensativo, se acariciaba la barba negra y bien recortada.

—Interesante, sin duda interesante—musitó a modo de enigmática conclusión una vez que se retiró de la mesa en la que, además del microscopio, se amontonaban tubos de ensayo y pipetas, alambiques y tarros etiquetados que contenían misteriosas sustancias.

Por los ventanales se filtraba esa luz del invierno, mortecina y lechosa, que parece alumbrar un sol afectado de anemia, e iluminaba la amplia estancia, convertida en un improvisado laboratorio. Don Federico era mi mentor, mi maestro, aún más, algo semejante a un padre adoptivo, pues me había sacado de las calles de Madrid tres años atrás y me había salvado de terminar convirtiéndome en un delincuente. Desde entonces se había dedicado a transmitirme sus conocimientos, transformándose en una especie de pupilo que le acompañaba en sus investigaciones y realizaba para él diversos trabajos. En aquella época era ya un detective muy afamado. Había resuelto numerosos crímenes y misterios y para mí era un orgullo

estar a su servicio. De mediana estatura y cargado de espaldas, se hallaba anotando el resultado de sus observaciones cuando le pregunté:

—¿Es cierto que la Luna puede interponerse entre el Sol y la Tierra y quedar nuestro planeta a oscuras aun siendo de día?

—Así es —respondió distraído—. Es un fenómeno astronómico al que se da el nombre de *eclipse*.

—Lo sé —afirmé—. Lo que pasa es que me resulta tan extraño que cuesta creerlo. Parece suceder por arte de magia —añadí—. Que el cielo se oscurezca siendo de día.

—La magia no existe —aseveró don Federico tajante—. Son los hombres quienes dan explicaciones supersticiosas a las cosas que no son capaces de explicar. La ciencia, pequeño amigo, tiene todas las respuestas a nuestras preguntas. Y, además, ¿a qué viene este súbito interés por el tema? —inquirió con una sonrisa maliciosa en el rostro.

—Lo leí en algún sitio y me llamó la atención —respondí aparentando indiferencia—. Simplemente eso.

Don Federico pareció dar por zanjada la cuestión y aprovechó para ponerme a prueba, cosa que hacía bastante a menudo. De ese modo comprobaba si iba asimilando las lecciones que me impartía y que, lentamente, iban formándose como investigador.

—Y, hablando de ciencia —dijo retomando el hilo de nuestra conversación—, vamos a ver si has hecho los deberes. ¿Cuál es la sustancia más utilizada en los asesinatos por envenenamiento? —me soltó a bocajarro.

—El arsénico —respondí sin titubeos.

—Características —añadió don Federico.

–Prácticamente indetectable. Cuando entra en contacto con los jugos gástricos, desprende un característico olor a almendras.

–Sigamos –prosiguió sin dejarme tiempo para pensar–. ¿Qué me dices de la estricnina?

–Polvo blanco, inodoro. Dosis letal, de quince a veinticinco miligramos. Tarda muy poco en hacer efecto, entre diez y treinta minutos.

–Correcto.

–¿Cómo confirmarías una sospecha de envenenamiento en caso de no contar con medios forenses más sofisticados?

–Extracción de tejido estomacal de la víctima para dárselo a comer a un perro o a un gato. Si el animal se ve afectado, concluiremos envenenamiento.

–Excelente, muchacho, excelente. Estás en el buen camino para convertirte en un buen detective.

–Hablemos ahora del modo de abordar una escena del crimen. Respecto a las manchas de sangre...

Su discurso se vio interrumpido por el sonido de la campanilla, que anunciaba una visita.

Recorrí el pasillo que conducía a la entrada y abrí la puerta. Un muchacho que aparentaba tener mi edad se recolocaba el cabello, sucio y despeinado, después de quitarse un gorro de lana, al que daba vueltas entre las manos.

–¿El señor Federico Salinas? –preguntó–. Traigo una nota para él.

Extrajo un pequeño sobre del bolsillo de la chaqueta y me lo tendió.

–Aguarda un momento –le rogué.

Entré de nuevo en la casa y me dirigí al laboratorio.

—Una nota para usted —dije entregándole el sobre a don Federico.

Mi mentor la tomó con parsimonia y, acercándose a la ventana, comenzó a leerla. Mantenía una expresión de reserva y fruncía el ceño.

Permanecí esperando durante unos minutos que se me hicieron eternos hasta que decidí sacarle de su embelesamiento.

—¿Qué le digo al chico que la ha traído? ¿Puede marcharse?

Ni siquiera levantó la vista de la misiva. Afirmó con una leve inclinación de cabeza, extrajo una moneda del bolsillo de su elegante chaleco para que se la entregara al muchacho y siguió enfrascado en la lectura.

Cuando regresé, después de despedir al mensajero, lo encontré en la misma posición, con el sobre en la mano y aspecto de estar reflexionando muy seriamente sobre lo que acababa de leer.

—¿Algún problema, señor? —pregunté con la esperanza de averiguar el contenido de la nota.

—Nada de lo que tengas que preocuparte. Ya me ocuparé de esto más tarde —respondió al tiempo que dejaba el sobre encima de la mesa.

Seguimos conversando un rato durante el que continuó evaluando mis conocimientos. Sin embargo, no tardé en advertir que tenía la mente en otro sitio, posiblemente en algún lugar relacionado con lo que acababa de leer en aquella nota. Ya conocía de otras veces aquella mirada perdida, anclada en una indescifrable profundidad, los ges-

tos elusivos, el titubeo en las respuestas. Don Federico le daba vueltas a algo en su cabeza, y, fuese lo que fuese, no tenía intención, al menos por el momento, de compartirlo conmigo.

Se me ocurrió entonces recurrir a una estratagema para ver si era capaz de sonsacarle el motivo de sus cavilaciones.

—¿Jugamos un rato a las deducciones? —propuse sacando a relucir una actividad que solíamos poner en práctica para calibrar nuestras dotes detectivescas.

Don Federico pareció salir de su ensimismamiento por unos instantes. Reconocí en su espontánea sonrisa un destello de satisfacción y de su rostro desapareció el aspecto sombrío que había tenido hasta entonces.

—Está bien —me concedió—. Empezaré yo primero. Veamos. Ayer por la tarde, cuando saliste de aquí, te fuiste directamente para casa, no te paraste a zanganear con esos dos amigos tuyos con los que sueles juntarte.

Don Federico se refería a Pablo y a Melchor, dos muchachos algo mayores que yo a los que había conocido en los años que viví, como un mendigo, en las calles de Madrid.

Mi mentor los consideraba una mala influencia, un par de pillos redomados de los que no se podía esperar más que alguna golfería. Sin embargo, yo les profesaba un sincero afecto porque habían sido generosos conmigo en tiempos difíciles, antes de salir de la espiral de delincuencia en la que me hallaba sumido gracias a un encuentro poco afortunado con don Federico. Lo había visto en la Puerta del Sol, con su aspecto de galán de comedias, sus modales refinados, impecablemente vestido, y le había

tomado por un señoritingo estúpido, susceptible de convertirse en una presa fácil. Aprovechando el gentío que se agolpaba en la céntrica plaza madrileña, intenté robarle la cartera, delito que ya había llevado a cabo muchas otras veces, y para el que había desarrollado una sutil técnica que creía infalible. Lo habitual era que mis víctimas ni siquiera se percatasen del robo hasta mucho después, pero en el caso de don Federico resultó ser muy distinto. Me acerqué a él por la espalda, como siempre hacía, y antes de que pudiera darme cuenta, se había girado, me había agarrado por el cuello y me encañonaba con un revólver. Luego me contaría que al ver que no era más que un crío se había asustado de su reacción aún más que yo. Así que bajó el arma, me condujo cogido del brazo hasta un lugar más tranquilo y se interesó por mi situación, por los motivos que me llevaban a obrar de aquella manera, y me propuso salir de aquel modo de vida si trabajaba para él. Se le ocurrió que mi experiencia en las calles podía serle útil y acordamos que financiaría mi manutención y me procuraría alojamiento a cambio de que colaborase con él y aprendiese el oficio.

Ahora, tres años más tarde, le tenía frente a mí, especulando lo que había hecho desde la tarde anterior y, por el momento, estaba acertando.

—Cuando llegaste a casa —continuaba diciendo—, cenaste algo ligero y te acostaste temprano. Hoy te has levantado sintiéndote mejor que ayer, has desayunado chocolate y has venido hacia aquí. Cuando antes te he mandado al gabinete para que repasaras las fichas sobre anatomía, en lugar de hacer lo que te he dicho, te has dedicado a ojear

los números atrasados de *El Imparcial* que guardo en el cajón del escritorio.

—Ha acertado usted hasta en los más mínimos detalles —respondí con admiración.

Las facultades deductivas de don Federico no dejaban de asombrarme.

—Explíqueme ahora cómo ha podido llegar a esas conclusiones —añadí.

Aquella era, sin duda, la parte que más me gustaba: escuchar los argumentos que, al dictado de la lógica, le habían conducido a inferir todo aquello.

—Veamos —carraspeó don Federico—, anoche te marchaste antes de lo habitual. Me dijiste que no te encontrabas muy bien y que necesitabas descansar. Lo lógico es que una persona en ese estado no se entretenga por las calles, máxime si tenemos en cuenta el frío que comienza a hacer. Podría establecerse el supuesto de que me hubieras engañado: decir que te sentías mal solo para poder escaparte de mis lecciones antes de tiempo. Sin embargo, sé de buena tinta que puedes ser muchas cosas, pero no un embustero, y además había en tus ojos cierta textura acuosa y un aire febril en tu expresión que confirmaban que, en efecto, no te encontrabas bien. Siguiendo con este razonamiento, es lógico pensar que no te demorases demasiado, una vez que llegaste a casa, en irte a dormir. Pero falta afianzar esta hipótesis con algún tipo de evidencia. La prueba me la ofrecen tus ojos, que presentan esa clásica hinchazón de quien ha dormido muchas horas.

He sabido que has desayunado chocolate porque hay una pequeña mancha de esta sustancia en el cuello de tu

camisa que ayer, en cambio, no estaba. Y he deducido que has estado leyendo los números atrasados de *El Imparcial* porque en uno de ellos aparecía un interesante artículo sobre los eclipses solares, tema acerca del que has estado interrogándome hace un rato. ¿Qué te parece?

–Magnífico, don Federico. Un razonamiento de lo más lógico.

Mi mentor hizo una pequeña reverencia como modo de aceptar mi cumplido.

–Tu turno –afirmó inmediatamente después.

–De acuerdo –repuse tras una pausa un tanto teatral en la que escenifiqué una actitud pensativa–. Algo ha leído usted en esa carta que le ha dejado momentáneamente preocupado –proseguí intentando llevar el razonamiento a mi terreno con el fin de averiguar cuál era el contenido de aquella misiva–. Lo sé porque antes de leerla estaba completamente concentrado en nuestra conversación. Sin embargo, después de hacerlo, se ha mostrado usted ausente, incluso he tenido que recordarle que debía despedir al recadero...

–¡Alto, alto, jovencito! –exclamó don Federico al tiempo que alzaba la mano–. No sigas por ese camino, que te veo venir. Por el momento hay cuestiones de las que debes mantenerte al margen. No confundas deducción con indiscreción: son dos cosas bien distintas.

Mi mentor había dado nuevamente muestras de su sagacidad. Apenas había tardado unos segundos en advertir cuáles eran mis intenciones. Pese a que me decepcionaba el hecho de que no depositara en mí su confianza, acepté su amonestación y agaché la cabeza.

–Lo siento, señor –me disculpé–. Yo solo pretendía ayudar.

–De eso estoy seguro, muchacho –admitió don Federico en tono paternalista–. Y créeme que tendrás ocasión para demostrarlo. Pero todo a su debido tiempo, ¿de acuerdo?

–Sí, señor –respondí fingiendo arrepentimiento.

–Y ahora, vamos. Tengo un encargo para ti.

Se retiró a la mesa, cogió el sobre, extrajo la nota, escribió en ella unas palabras, volvió a introducirla en él y lo selló.

–Necesito que lleves esto al Café Berlina, en la calle de la Montera. Entrégaselo al dueño en mano, esto es muy importante, solo al dueño. Alguien irá después a recogerlo. Quiero que estés atento. Cuando esa persona recoja la carta y salga del café, la sigues. Intenta averiguar su identidad, dónde vive, a qué se dedica, cuanto puedas. Ni que decir tiene que has de ser discreto. Una vez que tengas esa información, vienes y me cuentas. ¿Está claro?

–Completamente, señor. Sabe que puede confiar en mí.

–Claro que lo sé –apostilló golpeándome afectuosamente en el hombro–. Y ahora, vamos, no pierdas el tiempo, haz lo que te he dicho.